

PREFACIO.

EL verdadero saber consiste en la verdad y en la importancia de las doctrinas, más que en las ventajas del estilo y en la riqueza de la erudición. El que sabe dar á todo lo que dice, interés, atractivo, variedad, gracia y vida, no posee más que *el arte de la palabra*, no es más que literato. Solamente aquel que comunica el sello de lo verdadero y de lo útil á lo que dice, es el que posee *la ciencia de la palabra*, es el verdadero sabio. La unión de las dos cualidades mencionadas constituye el genio; pero rara vez se hallan reunidas en un mismo espíritu; hé ahí por qué el genio es tan raro, y por qué san Agustín, santo Tomás y Bossuet figuran como los únicos individuos de su especie.

Pero cualquiera que sea la dificultad de poseer las dos cosas al mismo tiempo, es al ménos cierto, que al apóstol de lo verdadero es preferible al profesor de lo bello; el hombre de principios sólidos, al hombre de sentimientos vagos; el defensor de la idea, al fabricante de frases, al espededor de palabras.

Para mí, decia san Agustín, el hombre más temible no es el que ha leído muchos libros, sino el que ha leído uno solo, con

tal que lo haya profundizado, que se lo haya asimilado, y que este libro sea obra del genio del hombre, ó el *libro* por excelencia de los oráculos de Dios: *Timeo hominem unius libri.*

Sucede con el hombre *de una sola idea* como con el hombre *de un solo libro*: con tal que su idea sea verdadera é importante, es tan fuerte y respetable como el hombre de un solo libro clásico.

Así, pues, no nos causa pena que nuestros adversarios nos acusen continuamente de ser el hombre *de una sola idea* y el hombre *de un solo libro*. Al calificarnos de este modo creen humillarnos: nosotros creemos que nos honran.

Aceptamos esta *injuria* como un elogio, quedándonos sólo un sentimiento: el de no haberlo merecido quizás bastante.

Léjos, pues, de defendernos, protestamos altamente que no somos ni queremos ser más que *el hombre de una sola idea*, LA IDEA CRISTIANA; *el hombre de un solo libro*, *La Biblia*, y de su más fiel intérprete, santo Tomás.

Con esto afirmamos que en materia de ciencia estamos sólo por lo antiguo, porque sólo lo antiguo es cristiano, y sólo lo cristiano es esencialmente verdadero; no siendo la recta razón misma otra cosa que la expansión de la verdad primera, de la verdad natural, y lo que es natural y primitivo es cristiano.

Bien sabemos que los pontífices, los apóstoles, los doctores de la ciencia moderna del progreso humanitario continuo, no son de nuestra opinión; que para ellos (y con mayor motivo para sus acólitos y para sus servidores) estas proposiciones son blasfemias que no se pueden leer sin escandalizarse, ni oírse sin estremecerse y sin rasgarse las vestiduras en muestra del horror que inspiran. Sin embargo, no por eso son ménos ciertamente verdaderas y verdaderamente ciertas.

Hé ahí la fórmula de nuestra idea única, hé ahí el resumen de nuestra única ciencia; hé ahí, repetimos, toda nuestra ciencia, toda nuestra doctrina, y no creemos que un filósofo cristiano pueda seguir otra sin renegar del Cristianismo.

Uno de los hechos más constantes y más universales de la humanidad es su repugnancia invencible, y aun pudiera decirse su horror, á todas las doctrinas nuevas.

«El tiempo, que borra los sueños de las opiniones, confirma, dice Ciceron, los juicios de la naturaleza: *Opinionum commenta delet dies, nature judicium confirmat.*»

Así como esos *sueños de las opiniones* son evidentemente los pensamientos del hombre, así también esos *juicios de la naturaleza* son evidentemente los dogmas, los decretos de Dios. Hé ahí, pues, ese príncipe de la antigua filosofía conducido por las bellas y profundas palabras citadas, que no pudo aprender en otra escuela que en la de la TRADICION á reconocer y proclamar altamente que al lado de los pensamientos humanos, obras del hombre, enseñadas por el hombre, vanas, efímeras y variables como el hombre, se encuentran en el seno de la humanidad verdades divinas, revelación de Dios, establecidas por Dios, que participan de la inmutabilidad de Dios, y que son eternas como Dios. Creeríase oír al Profeta cuando dice: «La verdad del Señor vive eternamente: *Et veritas Domini manet in aeternum*». Tal es, en pocas palabras, la historia de la verdad.

Resulta de aquí que la antigüedad, la inmutabilidad, la inmortalidad, son los caracteres distintivos, esenciales de la verdad, y que la novedad, el cambio, la muerte, son los caracteres distintivos, esenciales del error.

Ya observamos en el *Tratado de los preámbulos de la filo-*

sofia (Part. I, Cap. 4.), que, aunque la VERDAD no sea según la bella definición de santo Tomás otra cosa que LA ECUACION ENTRE EL ENTENDIMIENTO Y LA COSA: *æquatio rei et intellectus*, y aun pudiera decirse también *ecuaciones* entre el entendimiento y las cosas del orden puramente físico, sin embargo, la palabra VERDAD en el sentido absoluto se aplica únicamente á las ecuaciones entre el entendimiento y las cosas del orden metafísico, y que en este sentido la emplearon siempre y en todas partes los sabios y los filósofos. En este mismo sentido, pues, también la razón pagana, de acuerdo con la razón cristiana, había reconocido que, al paso que el pensamiento del hombre, nacido en el tiempo, desaparece con el tiempo, la verdad de Dios ha existido en todos tiempos, triunfa del tiempo, y confirmada por el tiempo, sobrevive al tiempo y jamás desaparece: *Naturæ judicium confirmat dies. Veritas Domini manet in æternum.*

El orden metafísico contiene todas las verdades de *fe* ó de la religión, todas las verdades de *razón* ó de su filosofía, y todas las verdades sociales ó del derecho público. Siendo, pues, la novedad el signo específico, cierto, infalible del error, se pueden y se deben considerar como axiomas matemáticos, como principios fundamentales de toda ciencia y de toda verdad estas tres proposiciones:

« TODO LO QUE ES NUEVO EN RELIGION, ES HERÉTICO. »

« TODO LO QUE ES NUEVO EN FILOSOFÍA, ES ABSURDO. »

« TODO LO QUE ES NUEVO EN POLÍTICA, ES REVOLUCIONARIO. »

Su verdad resulta: 1.º del consentimiento constante y universal del género humano, y aun de los filósofos de todas las naciones y de todas las edades; 2.º de la historia de la verdad; 3.º de

la experiencia de todos los tiempos y de la de los últimos en particular. Continuemos:

« Pero eso es, se dirá, negar el *progreso*, una de las condiciones esenciales del sér perfectible y una de las leyes de la humanidad. » No hay tal.

La palabra « progreso » en su verdadero sentido, no significa sólo *adelantamiento*, *movimiento hácia adelante*, sino también *adelantamiento*, *movimiento hácia adelante en la verdadera via*, *en la via del bien*, en la via que conduce el sér á la perfección que le es propia y que es el fin último de todos los séres. Caminar hácia adelante por una via falsa no es *progresar*, sino *extraviarse*, *retroceder*: porque es alejarse cada vez más del término á donde se quiere llegar. Así, pues, la cuestión es saber si seguir lo *nuevo* en religión, en filosofía, en política, es caminar por la *verdadera via*, ó si no es más bien *caminar por una via falsa*; porque en este último caso, es indudable que lo *nuevo* excluye completamente el progreso.

Ahora bien, esta cuestión está resuelta hace ya cerca de seis mil años en el tribunal supremo é inapelable de todo el género humano; pues *en materia de doctrinas siempre y en todas partes* los hombres han amado la *via antigua* y la han considerado como la *verdadera via*, como la *via segura*: al paso que han mirado con repugnancia invencible y aun con horror la *nueva*, considerándola como *falsa* y propia para conducir al abismo.

La palabra *novador* es sinónima, no sólo en el lenguaje de la Iglesia, sino también en el de toda la humanidad, de la palabra *hereje*, y la palabra *novedad* lo es de la palabra *herejía*. Toda doctrina nueva que tienda á variar las condiciones y creencias del hombre religioso, del hombre sabio y del hombre social, ha sido

siempre y en todas partes sospechosa de error; y, á semejanza de las personas, efectos y mercancías procedentes de un país infestado, no es admitida hasta que pasan largos años y aun siglos de cuarentena.

Entre los infieles, solamente los hombres esclavos del orgullo, de la voluptuosidad del espíritu, ó de la voluptuosidad, del orgullo de los sentidos, son los que rechazan el Cristianismo, á causa de la incomprendibilidad de sus dogmas y de la severidad de sus leyes. Por lo que respecta á los hombres sencillos, rectos y de buena fe, si les cuesta trabajo abrazarla, es únicamente en atención á la supuesta novedad de su origen. Esta preocupación es quizás el mayor obstáculo en las colonias más bárbaras del nuevo mundo, como igualmente en la China y en la India, los pueblos más civilizados del antiguo mundo. «Es una religion nueva, dicen, » y lo nuevo en religion no vale nada.» Y tienen razon: lo que ha nacido en el mundo despues del hombre, obra es del hombre, y por lo tanto puede ser falso. Únicamente lo que el hombre encontró en su cuna, no nació de él, no es ni puede ser obra más que de Dios, y por lo tanto es verdadero.

Por eso, en sus controversias con los paganos, nuestros misioneros procuran ménos demostrar la conformidad de la religion cristiana con la razon, su sublimidad, su escelencia y su utilidad, que á comprobar su antigüedad. Apoyándose en las tradiciones más antiguas de los pueblos á quienes evangelizan, y aun en sus creencias actuales, les prueban que el Cristianismo es en el fondo ni más ni ménos, la religion de sus antepasados, y aun su propia religion, pero alterada, corrompida, falseada en épocas recientes por interpretaciones absurdas, por prácticas sacrílegas, y por abominables supersticiones; y que, léjos de ser el Cristianismo una

religion nueva, es más bien su idolatría la nueva y la posterior, así como la enfermedad es posterior á la salud, la muerte á la vida, el crimen á la inocencia, el error á la verdad. Y si, mediante la luz del Espíritu Santo, logran persuadir á sus oyentes nada más que de la gran verdad sobre la cual insistia tanto san Pablo, á saber: que Jesucristo ó su religion es no sólo de hoy, sino de ayer, y de todos los siglos pasados, no ménos que de todos los siglos futuros: *Christus heri et hodie, ipse et in secula* (*Heb.*, XIII, 8); su victoria sobre los espíritus más rebeldes es segura. Sus doctrinas, sin que necesiten probarlas una por una, son aceptadas en conjunto por las poblaciones cuya razon no ha pervertido una falsa filosofía, ni alterado el sentido natural, y para las cuales por consiguiente, lo antiguo en religion no puede proceder de otro autor que de Dios; y lo que Dios ha revelado á los hombres debe ser aceptado sin largo exámen, y tiene derecho á la sumision del espíritu y á la obediencia del corazon.

Esta conducta de los enviados de la verdadera Iglesia, es tambien tan antigua como el Cristianismo; pues san Pablo, el gran Apóstol de los gentiles, fué el primero que la observó.

Aunque cediendo á la ligereza propia del espíritu griego, los atenienses pasaban su vida en fabricar ó en acoger lo nuevo: *Ad nihil aliud vacabant nisi aut dicere aut audire aliquid novi* (*Act.* XVII); sin embargo, lo que escitó sus murmullos y sus alarmas, con motivo de la predicacion de san Pablo, fué que, al oírle predicarles á Jesucristo y la resurreccion de los muertos, creyeron que el grande Apóstol les anunciaba un culto nuevo de nuevos demonios: *Novorum demoniorum videbatur annuntiator esse, quia Jesum et resurrectionem annuntiabat eis.* (*L. C.*) Habiéndole, pues, detenido y llevado en medio del Areópago, le preguntaron:

«¿Podemos, en fin, saber qué doctrina nueva es la que predicas
» por todas partes? Porque á nosotros nos parece nuevo, hasta no
» más, lo que predicas. Sepamos, pues, á qué se reduce lo
» que tratas de persuadirnos: *Et apprehensum eum ad Areopagum*
» *duxerunt, dicentes: Possumus scire quæ est hæc nova quæ a*
» *te dicitur doctrina? Nova enim quædam infers auribus nostris.*
» *Volumus ergo scire quidnam velint hæc esse.*» (*Ibid.*)

Respondióles san Pablo: «Atenienses, veo que sois muy supers-
» ticiosos en todo (es decir, que ocultais lo antiguo bajo lo nuevo),
» pues, recorriendo vuestra ciudad y visitando vuestros simulacros
» y vuestros altares, he encontrado uno con esta inscripcion: AL
» DIOS DESCONOCIDO. Pues bien, el que yo os anuncio no es un Dios
» nuevo, sino el mismo Dios antiguo que adorais sin conocerlo: *Viri*
» *Athenienses, per omnia quasi superstitiosiores vos video. Præ-*
» *teriens enim et videns simulacra vestra, inveni et aram in qua*
» *scriptum erat: IGNOTO DEO. Quod ergo ignorantes colitis, hoc*
» *ego annuntio vobis.*» (*Ibid.*) Y el grande Apóstol demostró:
Que el Dios que predicaba, era más antiguo que el mundo, puesto
que habia creado el mundo y el hombre mismo, tan semejante á
su Autor que los poetas habian dicho de él que era «de la raza
misma de Dios». *Ipsius genus sumus*. Que era horrible ver al
hombre desconocer lo que tiene en sí mismo de divino, y adorar
como cosas divinas ídolos de oro, de plata y de piedra, repug-
nantes concepciones de su pensamiento y obra de sus manos. Que
condenando aquellos siglos de ignorancia con los cuales el hombre
habia reemplazado á los siglos de la antigua sabiduría, el Dios an-
tiguo se hacia oír en todas partes de la humanidad; que la huma-
nidad debia concluir con sus nuevas supersticiones, y expiarlas
por medio de la penitencia; finalmente, que no era tampoco un

Dios nuevo, sino el Hombre-Dios, por quien el verdadero Dios
habia resuelto, de toda eternidad, juzgar en un dia fijo á todo el
universo, por cuyo órgano habia renovado, para todos, la revela-
cion de la verdadera religion, y cuya mision divina acababa de
probar resucitándole de entre los muertos. (*Loc. Cit.*)

Este sublime y admirable discurso fué coronado por el éxito
más completo. Una parte de los que acababan de oirlo, hombres
y mujeres, abrazó la fe quedando á discrecion del santo Apóstol;
y entre ellos el más sabio de todos, san Dionisio Areopagita, el pri-
mer apóstol y mártir de la Galia, el primero de los filósofos paga-
nos convertidos al Cristianismo, y el verdadero fundador de la
filosofía cristiana: *Quidam vero adhærentes ei, crediderunt; in*
quibus et Dionysius Areopagita et mulier nomine Damaris, et
alii cum eis. (*Ibid.*)

Siguiendo esta via, trazada por el Doctor de las naciones, los
primeros apologistas combatieron victoriosamente á los filósofos
alejandrinos, los más encarnizados adversarios del Cristianismo,
y los redujeron al silencio, cuando no los convirtieron.

En su *Apologética* y en su *Tratado del alma*, apoyándose en
el hecho constante y universal de que los paganos mismos no in-
vocaban á los *Dioses*, sino á Dios, en todas sus necesidades, y en
todos sus peligros, Tertuliano demuestra hasta la evidencia que el
culto de los ídolos es nuevo, y que sólo la ley del Dios único de
los cristianos es antigua. Los escritos de Minutius Félix, de Arno-
bio, de Lactancio, y en particular los *Stromates* de Clemente de
Alejandría y la *Preparacion evangélica* de Eusebio, no son otra
cosa que demostraciones completas y triunfantes de la novedad de
los cultos paganos, y de la antigüedad de la religion cristiana.

Consiste esto en que toda la cuestion, entre el Cristianismo y el

paganismo, es cuestion de antigüedad y no puede ser resuelta en favor de la religion de Dios, sino probándose que ella es más antigua que las falsas religiones de los *Dioses*, y que por el Dios redentor se remonta al origen del mundo, á la revelacion primitiva del Dios creador; en cuyo caso ya es imposible negar que sea la verdadera religion.

Lo mismo absolutamente sucede con la cuestion entre católicos y protestantes. La acusacion más grave que estos últimos dirigen á la Iglesia romana, nuestra madre, es de haber recargado la religion cristiana con un gran número de creencias, ritos, leyes, instituciones y prácticas arbitrarias, de las que no existe la menor huella en la Biblia, único depósito de las revelaciones divinas. Nos acusan de haber alterado y corrompido la pureza de la religion primitiva del Dios Redentor, como los paganos han alterado y corrompido la revelacion primitiva del Dios Creador. Nos llaman «idólatras» y al catolicismo «idolatría». Sostienen que Lutero y Calvino no hicieron otra cosa que reformar el Cristianismo, restituyéndolo á la pureza originaria del Evangelio. Hé ahí por qué se llaman evangelistas, reformados: por qué dan á sus jefes el título de «reformadores», y á su apostasía el de «reforma». Se consideran ó fingen considerarse en lo verdadero, porque, segun ellos, han vuelto á la sencillez de las antiguas creencias cristianas, al paso que nosotros vivimos apegados á supersticiones nuevas.

Nuestros apologistas, al contrario, como cualquiera puede vencerse por las *Controversias* de Belarmino, y la *Historia de las variaciones* y las *Advertencias á los protestantes*, de Bossuet, obras maestras de la polémica cristiana en estos últimos tiempos, nuestros apologistas, digo, prueban: Que los verdaderos novadores son los protestantes; que ellos son los que con sacrile-

gas negaciones han mutilado las antiguas creencias; que los católicos actuales creen, ni más ni ménos, lo que creyeron los discípulos de los apóstoles, y lo que siempre se ha creído en todas partes, y en todos los pueblos cristianos: *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*; que los pontífices, los concilios, los padres y los doctores de la Iglesia, en su calidad de jueces naturales y testigos fieles de las creencias de la Iglesia, no hicieron más que interpretar, definir, declarar, confirmar, aplicar ciertas creencias á medida que el espíritu de innovacion de los herejes les obligaba á ello; pero que no fabricaron nuevos dogmas (1), como los magistrados civiles, que interpretando, definiendo, declarando, confirmando y aplicando ciertas leyes, no hacen nuevas leyes. Así, pues, el punto capital de toda controversia entre el catolicismo y el protestantismo, se reduce á saber cuál de los dos es antiguo, cuál nuevo, porque entrámbas partes se hallan acordes en que la verdad se halla donde está la antigüedad.

Desgraciados, pero legítimos herederos del espíritu de mentira y de calumnia de su padre el protestantismo, los incrédulos del siglo último tambien agotaron sus esfuerzos para probar que el catolicismo no es otra cosa que el judaismo y el paganismo reju-

(1) Los protestantes son, pues, altamente injustos en acusar á la Iglesia católica de haber establecido el nuevo dogma de la Inmaculada Concepcion; pues, segun lo demuestra la bula relativa á esta materia, el soberano pontífice y el episcopado entero no han instituido un dogma nuevo, sino que apoyándose en muchos pasajes de la Escritura y de los Padres sobre la tradicion constante á la creencia actual de todas las Iglesias, atestiguada por el testimonio de todos los obispos del mundo católico, han declarado que el dogma de la Inmaculada Concepcion, es un dogma bíblico, siempre y en todas partes admitido y creído por la Iglesia, y por consiguiente una verdad decididamente revelada, que no es permitido negar sin caer en la herejía. (Véase nuestro tratado *Delicias de la Piedad, ó Tratado sobre el culto de la Santísima Virgen.*)